

Nos movemos, dijo Olga Benario. Tendida sobre la litera del camarote, con los ojos cerrados por el agotamiento, había creído varias veces en el transcurso de las últimas horas que ya había llegado el momento. Pero, una y otra vez, la estrecha unión de los topes de protección del muro a los costados del barco había indicado que *La Coruña* seguía amarrado al muelle. Sin embargo, ahora, ninguna resistencia frenaba el suave movimiento del barco. Y de nuevo, aunque no lo pueda ver, es el momento en que aumenta el hueco entre el muelle y el casco del barco, en el que se revuelven las manchas de aceite y la basura. En todos los tiempos, en todos los puertos del mundo, ha habido ese momento, ese hueco que crece y separa todo lo anterior de todo lo que los pasajeros esperan al final de su viaje, sea bueno o malo. Colocó las manos sobre el vientre e intentó relajarse. El final había llegado rápidamente. A primeras horas de la mañana, los «cabezas de tomate» habían rodeado la prisión de la calle Frei Caneca. Cuando un oficial de la policía y varios policías armados con metralletas aparecieron ante la puerta de la celda de mujeres y preguntaron por Olga Prestes, las prisioneras empezaron a golpear los barrotes de la verja con sus cazuelas de metal. Los prisioneros del piso inferior, con ganzúas escondidas desde hacía semanas, abrieron las puertas de sus celdas y rodearon a los policías, a la vez que se sumaban más detenidos al grito de ¡perros fascistas! El oficial intentó tranquilizarlos. Olga Prestes va a ser trasladada al hospital donde podrá ser atendida mejor. Para eso, cerdos, tendríais que matarnos antes a todos, gritó uno de los detenidos, otros le hicieron coro, aunque sabían que no tenían ninguna posibilidad contra los «cabezas de tomate». Un camarada, el médico Valerio Konder, negoció con los policías en nombre de los prisioneros. Le aseguraron que abajo, en la calle, estaba preparada una ambulancia, que Olga Prestes iría directamente al hospital de la

maternidad. Las camaradas y los camaradas no se creyeron una sola palabra. Entonces sonó con fuerza la voz de Olga Benario: quería ser trasladada al hospital, lo único que importaba era que pudiera dar a luz a su hijo en Brasil. ¿Creyó a los policías? ¿Quería impedir que sus compañeros de cárcel fueran masacrados? En nombre de los prisioneros, Konder solicitó que cinco detenidos acompañaran a la embarazada. Ellos permitieron que fueran dos. Fue una trampa. Cuando llegaron a la ambulancia, los «cabezas de tomates» apartaron violentamente a los acompañantes de Olga Benario y la empujaron dentro de la ambulancia. ¿Había esperado algo distinto? ¿Qué hubiera podido hacer, embarazada de siete meses? El viaje había durado media hora. Cuando se abrió la puerta del vehículo se encontró en un apartado muelle del puerto. Vio el cielo cubierto de nubes sobre la bahía de Guanabara y sintió el calor que, a finales de septiembre, anunciaba la primavera. Se encontraba mal. En el muelle había un carguero de altura. Un casco largo y oscuro, altos aparejos de carga en las cubiertas posterior y delantera, y en medio el puente de mando y la chimenea de la que salían nubes oscuras de humo. Mientras se acercaba a la escalerilla del portalón, casi arrastrada por los policías, consiguió leer en la popa el rótulo con el nombre del barco en español, *La Coruña*. Los latidos del corazón se aceleraron. Luego miró hacia lo más alto, allí ondeaba la bandera roja con la cruz gamada negra. Todas las esperanzas se desvanecieron. Los marineros la empujaron escaleras arriba.

Haría como una media hora que *La Coruña* había empezado a moverse cuando, de golpe, un ruido de motores más fuerte y rítmico se impuso a la ligera vibración de las paredes del camarote. Sabo, que se había colocado de cara a la pared, se volvió hacia ella. Ya estamos navegando, dijo Olga Benario. El camarote está a popa. Sabo asintió. Olga Benario contempló el rostro de la amiga. El cabello blanco. Los ojos muy abiertos. Los labios, una pálida línea. La piel, como la ceniza. Cuando, hacía poco, habían traído a Sabo a su camarote, se habían abrazado. Sabo dijo que había confiado en que Olga Benario estuviera en el hospital. Y yo, dijo Olga Benario, había confiado en que te dejaran en la cárcel. Al menos, estamos juntas. Sabo había asentido, amable, como siempre. Se había desnudado para ponerse un camisón. Olga Benario había visto entonces el cuerpo de Sabo por primera vez desde su detención nueve

meses antes. En la cárcel, Sabo se las había arreglado siempre para que su cuerpo quedara oculto a las demás mujeres. Ahora veía los desgarros, moratones y cicatrices en la amarillenta piel gris de su espalda y trasero. El descarnado cuerpo estaba hecho una ruina, machacado. Cuando Sabo se volvió hacia ella y, a la pálida luz de la iluminación del camarote, pudo ver sus pechos caídos, Olga Benario contuvo la respiración. Sabo se dio la vuelta rápidamente. ¿Qué tienes ahí?, preguntó Olga Benario. Nada, dijo Sabo, ya lo sabes. Sí, lo sé, dijo Olga Benario. Pero ella no sabía nada.

Tras su detención, Olga Benario había pasado los primeros días en la Jefatura de Policía. Había esperado que la torturaran. Como no pasó nada, pensó que no se atrevían a maltratar a la compañera del Caballero de la Esperanza. Al parecer, tampoco habían torturado a Prestes. La interrogaron todos los días. Siempre decía lo mismo, su nombre era Olga Prestes, era brasileña. ¿Con ese acento? Por matrimonio con Luiz Carlos Prestes. No tenía más que decir. Podían irse a tomar por el culo. Al quinto día, un tipo alto, un militar vestido de civil, se había hecho cargo del interrogatorio. Traje gris, camisa blanca con pajarita y un cigarrillo en la mano. Pelo corto, limpio y bien peinado, con entradas, el bigote fino, como el Führer, la cara amable. Le reconoció antes de que se presentara como Filinto Müller. ¿Era comunista? ¿Trabajaba para la Kominintern? ¿Recibía órdenes de Moscú? Ella dijo que era ama de casa. Pidió ser puesta en libertad de inmediato. ¿Sabía que Prestes era miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista? Eso viene en los periódicos, dijo ella con desdén. ¿Dónde estaba su acta de matrimonio? Las preguntas de Müller mostraban que todavía no sabía mucho sobre ella. Eso no le hacía menos peligroso. Unos días después de la detención de Ewert y Sabo, la prensa informaba desde la Jefatura de Policía: detenido un hijo de Israel y agente de Moscú. Al parecer, para Müller, era judío o comunista quien se lo parecía a él. Poco a poco, los sabuesos de Müller habían conseguido información sobre Ewert y Sabo. También obtendrían la verdad sobre Olga Benario, bastaba con encargar el trabajo a la Gestapo.

Diez días después fue trasladada de la Jefatura de Policía a la prisión preventiva de la calle Frei Caneca. La llevaron a la gran celda común del segundo piso destinada a las mujeres. En los primeros días actuó con cautela, hablaba lo necesario, se mantenía

reservada. Cuando vio que las demás mujeres se portaban con ella del mismo modo, cobró confianza. La primera con quien hizo amistad fue la abogada Maria Werneck de Castro, la directora de la União Femenina Brasileira. Olga Benario había oído el nombre de Maria, el movimiento de las mujeres había colaborado con la ANL. Se presentó como camarada Olga Prestes, esposa del Caballero de la Esperanza y líder del levantamiento de noviembre. No confesó nada más, para las compañeras de prisión fue suficiente. Maria Werneck la presentó a las demás mujeres. Algunas se convirtieron en sus interlocutoras diarias con las que hablaba en portugués, inglés, francés y en un italiano chapurreado, a menudo también en una mezcla de todas esas lenguas. Conoció aspectos de la vida de esas mujeres, de las luchas en que se habían implicado, de sus deseos y aspiraciones futuras. Eneida de Moraes, una escritora del Estado federal de Pará, le describió la vida en las favelas. Años después, Eneida escribiría un libro sobre la historia del carnaval de Río, que tenía su origen en las favelas. Los esbirros de Müller la seguirían difamando como una puta comunista, pero ya no conseguirían dañar su fama como escritora. Eugênia Álvaro Moreyra, la joven con un corte de pelo a la romana, los grandes ojos oscuros y la pequeña boca con gruesos labios, procedía de Minas Gerais. Era artista y en los años veinte había creado con su marido un grupo vanguardista. En el trabajo del grupo, decía Eugênia, intentaban integrar elementos de la pantomima y el circo en la actuación en el escenario. Le preguntó a Olga Benario por Brecht. He visto un par de obras, dijo Olga Benario, *Baal* y una obra sobre alguien que regresaba a casa después de la guerra. En *Un hombre es un hombre* se desmontaban las ideas burguesas de un individuo único, sin par, eso le había interesado en especial. Un teatro atrevido, inconformista. No había podido ver *La ópera de los tres centavos*, había tenido que abandonar antes Alemania. Desde que él se había hecho comunista, ella no sabía qué asuntos trataba. La poetisa Beatriz Bandeira, de veintisiete años, también del movimiento de las mujeres, dirigía con su profunda y hermosa voz las horas de canto de las detenidas. De ella aprendió Olga Benario el texto de la canción de Lampião sobre la encajera. La que más tiempo llevaba en la sala de mujeres era Rosa Meirelles. La habían detenido inmediatamente después del levantamiento y, aparte del hecho de ser miembro

del partido, no pudieron acusarla de nada más. Era madre de tres chicos pequeños, a los que, para mayor castigo (¿castigo por qué?), no podía ver. Valentina Barbosa Bastos no tenía ni idea de por qué estaba allí. Filinto Müller acusaba a su marido, el millonario Adolfo Barbosa Bastos, de haber apoyado a los comunistas con grandes sumas. Si eso era verdad, Valentina no lo había sabido nunca. No se había interesado jamás por la política, pero ahora no perdía ocasión de participar en las discusiones políticas. Nise da Silveira, de Maceió, en el Estado federal de Alagoas, había terminado a los veintitún años la carrera de Medicina y se había formado a continuación como psiquiatra. Luego, después de ser liberada, sería apartada del servicio público por sospecha de comunismo. Encontraría trabajo en una institución psiquiátrica y, lo que no era de extrañar por propia experiencia, llevó a cabo una campaña por todo el país contra el uso de los electroshocks en la psiquiatría. Después de la guerra, se haría seguidora de la teoría de C. G. Jung y trabajaría algún tiempo en su instituto en Küssnacht, junto a Zúrich, en la hermosa villa junto al lago. En el momento de su muerte, en 1999, sería considerada como la gran representante de la psiquiatría brasileña, autora de numerosos libros, entre ellos una monografía sobre Jung y un libro sobre gatos. Los destinos de las mujeres de la prisión preventiva en la calle Frei Caneca pertenecen ya hace tiempo a la Historia. La Historia sabe cómo ha sucedido todo. Y también que habría podido suceder de otra manera, pero eso no es asunto suyo. Pero los que están vivos no lo saben, pueden elegir y eligen, entre exigencias y obligaciones, pero eligen, y con la suma de todas las decisiones se hace la Historia y en ella ya no hay alternativas.

Cuando se supo que Olga Benario estaba embarazada, Nise se encargó de su atención médica; además, puesto que algunas de las detenidas habían tenido niños, no faltaron buenos consejos. Nise había preguntado cuándo habían desaparecido las hemorragias. Hace tres semanas. Puedo decirte exactamente desde cuándo estoy embarazada: desde el veintitrés de febrero. ¿Desde el carnaval? Olga Benario asintió, lejanos sonidos de samba en sus oídos, risas, gritos aislados, envuelta en el calor húmedo del mediodía, su cuerpo sudoroso en la habitación oscurecida, en la polvorienta y empinada calle Honório. Y ellos que pensaron, dijo Nise riendo, que nos habían quitado las ganas de carnaval. Prestes y yo, dijo Olga

Benario, hemos engendrado un pequeño diablo, él hará que su vida siga siendo un infierno.

Había dormido muy poco. El eje motriz de la hélice del barco pasaba justo por debajo del camarote. El ruido, el olor del aceite, el calor y el balanceo del barco le producían mareos. A eso se añadía pensar en lo que le esperaba al final del viaje. Fue fácil ser valiente mientras estuvo sana, con su cuerpo fuerte y ágil, mientras pudo moverse y resistirse, mientras hubo esperanzas, por pequeñas que fueran. No debes rendirte, dijo Sabo, la camarada, la hermana, ¿dónde está tu valentía? Tienes que saltar por la borda en la primera escala. No, dijo Olga Benario. ¿Tan débil te sientes? Lo puedo hacer, pero pierdo al niño si salto desde diez o doce metros de altura. Si no saltas, dijo Sabo, os quedáis aquí los dos. Olga Benario sacudió la cabeza, no me gusta dejar a nadie en la estacada. No es eso, dijo Sabo, a mí no me puedes ayudar. Olga Benario dijo, yo me quedo. Y cerró los ojos. A la pálida luz de la lámpara del camarote, desgarrados en una amarillenta piel gris, unos pechos desfigurados por las cicatrices. Esto es heroico, oyó decir a Sabo, pero no tiene sentido. Miró a Sabo a la cara. Heroico sería, dijo, sacrificar al niño por la causa. Sabo giró la cabeza. Disculpa, dijo Olga Benario, ahora te he hecho daño. Por un momento solo se oyó el rítmico traqueteo del eje motriz. Si, dijo Sabo con la cabeza girada, yo sacrificué entonces al niño por la causa. Se puede decir así, aunque me parece que estas palabras no reflejan la verdad en mi caso. Muchas de nosotras, de nosotras las mujeres, hemos decidido no tener el niño del que estábamos embarazadas. Otras lo han dado a hogares infantiles o en adopción. Solo saben lo que es esto y si es correcto o no las propias camaradas. Se quedó en silencio. En la playa de Ipanema, dijo Olga Benario, hemos hablado una vez sobre el heroísmo, ¿te acuerdas? En la Unión Soviética no me opuse a ser tratada como una heroína, realmente había hecho aquello por lo que me alababan. Fui una mujer atrevida. Pero, añadió, no voy a saltar del barco. Lo entiendo, dijo Sabo por lo bajo. ¿Lo entiendes de verdad?, preguntó Olga Benario, ¿o crees que han acabado conmigo? No lo creas, sigo siendo una mujer atrevida. Pero las circunstancias han cambiado. Lo que ayer era valentía, hoy puede ser una locura. Y lo que ahora parece cobardía, requiere también ánimo, aunque distinto. Se oía el ruido sordo y continuado del motor del barco. Sabo se enjugó

las gotas de sudor de la frente, la conversación la fatigaba. No, dijo, no eres cobarde, tú menos que nadie. Me he equivocado en lo que he dicho antes. Lo retiro. No quiero que sacrifiques a tu niño. Por nada del mundo. Lo que has dicho antes, replicó Olga Benario, que el niño iba a morir en Alemania de todas formas, si yo no saltaba... Eso no es cierto, dijo Sabo completando la frase, estaba equivocada. No podemos saber lo que pasará. Eres una luchadora, encontrarás un camino para salvar al niño y a ti misma. Y tú también, dijo Olga Benario. Sabo no contestó. Se acomodó lentamente en la litera del camarote. Colocó la cabeza en el vientre de Olga Benario, como había hecho otras veces en la sala de mujeres en la calle Frei Caneca.

Una hora después se abrió la puerta del camarote. Un hombre de paisano trajo el desayuno. Dijo en portugués que la policía especial les había encargado a él y a su colega su custodia durante el viaje. Algún tiempo después, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre grueso de uniforme. Sabo se apretó contra la pared del fondo del camarote con los ojos muy abiertos. Él se presentó: Heinrich von Appen, capitán. Se encontraban a bordo de *La Coruña*, un carguero con pasajeros de la Hamburg-Südamerikanische Dampfschiffahrt-Gesellschaft con rumbo a Hamburgo, adonde se llegaría en tres semanas y media. Frente a su camarote se encontraba el camarote de los dos policías brasileños. Uno de ellos tenía que permanecer siempre ante el camarote de ellas. El pasillo estaba cerrado en el lado que comunicaba con el resto de los pasajeros. En el otro extremo había un ojo de buoy. Durante el día les estaba permitido permanecer en el pasillo. Si necesitaban algo, miró hacia Olga Benario, tenían que decírselo a uno de los policías. Para evitar incidentes, como los que ya se habían producido con otros detenidos en escalas intermedias, *La Coruña* no haría ninguna parada. El capitán guardó silencio un momento, luego dijo que, cuando supo que una de las mujeres estaba en el séptimo mes de embarazo, se había negado a llevarla. Pero se le indicó desde las más altas instancias que la decisión no dependía de él. Saludó y salió cerrando la puerta tras él. Así pues, no tengo que decidir, dijo Olga Benario a Sabo. Ya verás, voy a traer al mundo un pequeño diablo. Todavía no han acabado con nosotros.

Desde que tuvo la convicción de que Prestes no era torturado, estaba tranquila. La estancia en la Prisión Preventiva constituyó una fase de la lucha, con sus reglas propias y sus objetivos estratégicos.

Habían pasado diez años desde que, con su entrada en la Prisión Preventiva de Berlín, había hecho su primer ingreso en una cárcel. Entonces tenía dieciocho años y décadas de lucha revolucionaria por delante, qué eran dos meses allí. En aquel tiempo estuvo sola la mayor parte de los días, había leído mucho, había hecho gimnasia y solo había contactado en las comidas y en los paseos por el patio con los demás presos preventivos, de los que ninguno estaba allí por motivos políticos. Pero ahora estaba siempre rodeada de compañeras detenidas, la sala de las mujeres estaba abarrotada, no había posibilidad de vida privada, toda actuación, estado de ánimo o necesidad estaban expuestos a la comunidad. Durante su formación en la Unión Soviética había pasado meses en comunidades donde había una relación muy estrecha. Había aprendido a verse como parte de un colectivo, a integrarse, a convivir con tensiones y discordias. Entonces le había parecido excitante, como una aventura sin retorno, liberarse de su individualidad burguesa, de esa falsa autosuficiencia, de esa ridícula persona que quería conseguir todo con las propias fuerzas y se creía responsable única de su destino. Solo desde que se había convertido en una persona anónima, en una revolucionaria desconocida, sin nombre propio bajo muchos seudónimos, tenía la sensación de una auténtica identidad. Lo único con lo que no podía en los primeros días en la sala de las mujeres, era la separación de Prestes. Así como su infancia en Múnich había conformado su identidad burguesa, y los años en la Unión Soviética su identidad socialista, del mismo modo, los meses con Prestes habían vuelto a dar una nueva forma a su existencia. Todavía no tenía una idea precisa de ella, el tiempo había sido demasiado breve, el proyecto estaba todavía en marcha. Ahora solo podía esperar esa nueva forma y adaptarse a las necesidades del día.

La mayoría de nosotras, dijo Maria Werneck de Castro, simpatizamos con el partido, algunas están afiliadas. Procedemos de la burguesía, algunas, como yo misma, pertenecemos a familias importantes. Por eso, Müller no se atreve a maltratarnos. Pero con las extranjeras y los extranjeros no tiene, como sabes, ninguna compasión. Pero los «cabezas de tomate» han torturado también a Elza, la amiga de Miranda. Se dice que la han asesinado, ¿la has conocido? Olga Benario asintió. Estuvo con nosotras en la celda un tiempo, dijo Maria. Una muchacha proletaria, no sabía leer ni

escribir. Volvió de los interrogatorios con la cara destrozada. Müller no necesitó presionarla mucho ¿A quién preocupa en este país que se carguen a una proletaria? ¿En qué estaba pensando el camarada Miranda cuando conquistó a esa ingenua muchacha? Parece que ha traicionado a las camaradas y a los camaradas, dijo Olga Benario. Eso hemos oído, dijo Maria, me pongo enferma solo de pensarlo. ¿Pero qué podíamos hacer? ¿Matarla antes de que hablara? Quizá, dijo Olga Benario. Sí, quizá, pero eso son solo palabras. Yo no lo habría hecho, en ningún caso. ¿Ni siquiera si con ello se hubieran salvado camaradas? Elza, respondió Maria de Castro, era una ilusa. No podía entender esta operación. Veía todo como una aventura, y a Miranda como al héroe montado en un caballo blanco. De todos los que, entre los nuestros, incurrieron en errores, fueron torturados y cometieron traición, ella fue la menos importante. Por eso, continuó, considero infames los rumores según los cuales parece que los nuestros la han asesinado. Olga Benario desvió la conversación a otro tema. Dijera lo que dijera, Maria no lo iba a entender. Solo se podía entender la lógica de las medidas contra la muchacha por la necesidad de tales actos, no con discursos. Quizá, algún día, también ella podría llegar a cuestionarse lo acertado de esta decisión. Lo que había resultado acertado una vez podía parecer equivocado en otras circunstancias. Eso no se podía cambiar.

La mayoría de las mujeres estaban detenidas desde diciembre. Se habían organizado en un colectivo y lograron algunas mejoras generales en su situación. Recibieron mantas para separar las letrinas de la sala común. La comida fue algo menos intragable y se mejoraron las normas de las horas de visita. Cuidaban a las enfermas, hablaban con las deprimidas. No habían elegido a nadie como portavoz, algo que sorprendió a Olga Benario al principio. Se obedecía a las que, en cada situación, estaban mejor informadas. Tenían clases de política. Olga Benario fue invitada a dirigir alguno de esos coloquios, en otros era una simple alumna. Mejoraba su portugués, con el tiempo lo habló casi con fluidez. Una vez, Sabo, que normalmente solo hablaba cuando se dirigían a ella, le preguntó si se había dado cuenta de que algunas mujeres no participaban en las discusiones ni en el resto de actividades. Ella había respondido que cada una era libre de adherirse al colectivo o no. ¿Es eso un motivo, preguntó Sabo, para excluirlas? Eso no me lo tienes

que preguntar a mí, replicó Olga Benario molesta, pregunta a las individualistas. Me interesa el comportamiento de las camaradas, dijo Sabo. Las que quieren mantenerse aparte no pueden compartir nuestras convicciones. Quizá están incluso en contra del socialismo. Quizá se oponen al régimen de Vargas por motivos religiosos. Pero están con nosotras en la celda, algo han hecho para ser tenidas por enemigas del Gobierno. No les va mejor que a nosotras. No debemos establecer jerarquías entre las víctimas. Creo que deberías hablar con ellas, de sus niños y familias. Sabo se calló. Era su discurso más largo desde que ingresó en la sala de las mujeres. ¿Los habituales temas de mujeres, cocinar, planchar, zurcir calcetines?, preguntó Olga Benario. Sí, los temas de mujeres, respondió Sabo con la sombra de una sonrisa en su pálida cara.

Las mujeres preparaban conciertos corales. Dirigidas por la hermosa voz de Beatriz Bandeira cantaban canciones populares brasileñas e infantiles, algunas las había aprendido Olga Benario de Elza. En un italiano chapurreado cantaban *Avanti o popolo*. Cantaban la canción que había escrito Eugène Pottier tras la derrota de la Comuna de París y a la que había puesto música el tornero Pierre De Geyter, maestro de coro de una asociación obrera de canto de Lille. Hasta ahora la habían cantado en portugués, Olga Benario les enseñó el texto original:

Debout! les damnés de la terre!
Debout! les forçats de la faim!
La raison tonne en son cratère,
C'est l'éruption de la fin.
C'est la lutte finale
Groupons-nous, et demain,
L'Internationale
Sera le genre humain.

A menudo se unían voces masculinas del piso inferior y, mientras duraba la canción, todos los detenidos se sentían unidos frente a las humillaciones y el horror que les esperaba en cada momento. No solo se juntaban las voces de los hombres, también las de algunas de las mujeres que se mantenían apartadas. Y si cantaban con las otras *La Internacional* solo porque les gustaba cantar, qué importaba ya

eso. Cuando algunas de esas mujeres empezaron a participar en las clases de gimnasia de Olga Benario, habló con ellas. Una de las mujeres contó que solía jugar al voleibol con los pies en la playa de Ipanema y, entre risas, ella y Olga Benario dieron patadas a una bola de papel que, mojada con agua, habían convertido en una pelota. Otras de las mujeres apolíticas empezaron a hablar con ella de temas personales, de niños y de hombres, incluso del perro o del gato al que echaban de menos. Ella se negaba a compartir sus sentimientos privados. Pero le gustaba conversar sobre ello con aquellas mujeres, y poco a poco advirtió que sacaba de estas conversaciones tanta fuerza como de las discusiones políticas. Al cabo de un tiempo, pudo decir a la jugadora de voleibol con los pies que tenía un perrito llamado Príncipe en el que no podía dejar de pensar todos los días.

La travesía duraba ya más de una semana con aquel ruido del eje de tracción, el hedor a aceite y grasa, el calor y el aburrimiento. Sin embargo, ella había dejado de sentir náuseas. Cada día pasaba horas con Sabo en el corredor, daban vueltas por delante de los guardianes, aspiraban aire fresco del mar en el ojo de buey, señalaban las bandadas de peces voladores y una vez vieron delfines. Las gaviotas que chillaban en el mar por encima del barco venían, como supieron por uno de los guardianes, de la cercana isla brasileña Fernando de Noronha, adonde habían sido deportados muchos colegas tras el fracasado levantamiento. Sus conversaciones volvían a ser como antes. Sabo estaba tranquila y cuidaba constantemente de Olga Benario. Le aconsejaba comer bastante, no exagerar con la gimnasia, y le ponía la mano en el vientre para notar los movimientos del pequeño diablo. Olga Benario intentaba animar a la amiga y Sabo se dejaba. Sabo le preguntó sobre el final en la calle Honório, el momento en que aparecieron los policías especiales, listos para disparar, cuando ella se había colocado delante de Prestes. ¿Quieres saber si lo hice como amante o como revolucionaria profesional? En absoluto, dijo Sabo, tampoco me plantearía preguntar a un guardaespaldas masculino si ama al hombre cuya vida tiene que proteger. Aunque eso puede ocurrir, dijo Olga Benario conteniendo la risa. Es la segunda vez, dijo Sabo, que arriesgas tu vida en una situación así. Me llama la atención tu valor. ¿De dónde lo sacas? Olga Benario dudó, luego dijo con ternura que Sabo sabía

responder a esa pregunta mejor que ella. Sabo permaneció en silencio y Olga Benario se preguntó una vez más cómo debían ser aquellas experiencias para las que no había palabras. *La Coruña*, en algún lugar del ancho Atlántico, atravesó el ecuador. Por ese motivo, de la cubierta superior llegaron risas lejanas y música. Desde siempre se habían celebrado fiestas en los barcos, con estampido de tapones de vino espumoso, guirnaldas de papel y confetti en el pelo, también el año nuevo se había celebrado una vez así, con un frío glacial en el mar Báltico y con un amor que quizá había empezado entonces.

Miranda había sido torturado y, con él, muchas y muchos camaradas, oficiales y soldados rebeldes. Ella había conocido cada día nuevos detalles de los malos tratos a Vic Barron. El día que ella y Prestes fueron detenidos, le habían matado a golpes en la Jefatura de Policía de la calle Da Relação y arrojado su cuerpo por la ventana. No solo la prensa brasileña, también el embajador de Estados Unidos habló de suicidio y lo lamentó como tal. Entonces se percibió la dimensión real de la represión. Los rumores sobre las torturas a Sabo y Ewert no cesaban. Cuando, a los pocos días de llegar ella, trajeron también a Sabo a la sala de las mujeres, Olga Benario estaba preparada para lo peor. Sabo estaba pálida, su cabello era escaso, tenía los ojos muy abiertos, los labios reducidos a una simple línea. Estaba débil, como si no le quedaran huesos en el cuerpo. Pero su ropa estaba limpia, la cara, los brazos y las piernas no mostraban señales de malos tratos, salvo algunos moratones de color oscuro. Sabo saludó amablemente con la cabeza a Olga Benario, quien la acompañó despacio al lugar asignado. Su cuerpo parecía deshacerse, se tendió en el camastro y se quedó quieta, cara a la pared. No respondía a las preguntas que le hacía con voz apenas audible. Olga Benario se sentó a su lado y observó las manchas oscuras en su piel. Sea lo que fuera que le habían hecho, las huellas parecían curadas. Horas más tarde, cuando consiguió que Sabo comiera algo y hablara, contestó a la pregunta de la amiga: sí, había sido torturada. Había sido duro, pero ya habían pasado varias semanas desde entonces. Ya casi lo había olvidado. Cuando preguntó cómo le había ido a Arthur, Sabo abrió mucho los ojos. No dijo nada, luego confesó que también él había sido torturado. Añadió que era inútil hablar de ello. Su cuerpo se deslizó de nuevo lentamente en el camastro, cara a la pared. A las tres de la madrugada la despertaron unos

fuertes gritos. Sabo, junto a ella, gritaba y daba golpes a diestro y siniestro. Las demás mujeres se habían despertado, algunas se acercaron. Ella puso sus brazos alrededor de la amiga, Sabo despertó y preguntó qué había pasado. Olga Benario dijo que había gritado en sueños. Sabo pidió disculpas a las mujeres que la rodeaban, no volvería a repetirse. Todas las noches gritaba a las tres. Nise da Silveira pidió calmantes al celador de la prisión. Cuando no podía aguantar los gritos nocturnos de Sabo, Olga se los tomaba también. Con el tiempo, los gritos convulsivos disminuyeron y, al cabo de algunas semanas, desaparecieron. Cuando se le preguntaba por los malos tratos, Sabo respondía siempre que habían sido soportables y, cuando dejó gritar por las noches, Olga Benario pensó que lo mejor era no preguntar más. Ahora el principal tema en la sala de mujeres era su embarazo. También Sabo desviaba siempre la conversación al estado de Olga Benario, que llenaba de ilusión a todas las mujeres.

Olga Benario conservaba todavía su valentía cuando, después de unos pocos días en la prisión preventiva, fue llevada a la Jefatura de Policía para un nuevo interrogatorio. Allí se encontró frente a tres testigos, policías vestidos de civil, que recitaron sus declaraciones como si fueran escolares, una ridícula mascarada. El primer testigo hizo constar en acta que Olga Prestes, al ser detenida, había declarado que compartía las ideas marxistas-comunistas de Prestes. El testigo concluyó que ella significaba un serio peligro para el orden social brasileño. El testigo número dos dijo que era conocido que la detenida utilizaba diversos nombres falsos y que era buscada por la policía de varios países europeos. Era una persona peligrosa para los intereses de Brasil. El tercer testigo dijo que le habían comunicado desde Europa que la prisionera representaba ideas progresistas y era seguidora del comunismo, una ideología extraña al pueblo brasileño, y cuyos representantes no tenían nada que buscar aquí. Su réplica fue contundente. Al primer testigo le dijo que, puesto que ella, según afirmaba él, había anunciado en voz alta una ideología marxista-comunista cuando fue detenida, parecía ser demasiado tonta para representar un peligro para el país. Al segundo testigo lo ridiculizó y dijo que celebraba que la hubiera descrito como una persona. Por lo que se refiere al tercer testigo, había tomado nota de su equiparación de las ideas progresistas con el comunismo. Por último, en cuanto a la expresión de que ella era un peligro para

el país, se permitía preguntar a qué intereses se refería cuando se hablaba de los intereses del país.

Fue una farsa. Todavía no sabían nada sobre ella. A pesar de ello, se preocupó. Al abandonar la habitación del interrogatorio, Filinto Müller la había observado fijamente, como si estuviera reflexionando. Ella había sabido entonces en qué iba a terminar todo: tenía que ser expulsada de Brasil.

Siete mil cuatrocientas catorce toneladas de registro bruto. Velocidad, catorce nudos. Tripulación, setenta y cuatro hombres. Código internacional de llamada, R C D K. En septiembre de 1936, navegando por el Atlántico Norte en dirección a Hamburgo, con dos prisioneras a bordo. El eje de tracción gira sin parar, las paredes de los camarotes vibran, el vapor *La Coruña* se balancea lentamente, de babor a estribor, de proa a popa. La monótona repetición de los movimientos podría dar la sensación de que el barco apenas avanza.

A mediados de mayo, la Gestapo la identificó. El embajador brasileño en Berlín había reexpedido a Río los informes de los nazis sobre la vida de Olga Benario. Fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, familiares de raza israelita, joven comunista. Liberación por la fuerza del espía soviético Otto Braun de una prisión de Berlín, huida a la Unión Soviética, agente de la Tercera Internacional. ¿Qué se le ha perdido a esta extranjera en Brasil? Cuando las noticias de los periódicos llegaron a la sala de mujeres en la calle Frei Caneca, apenas hubo cambios notables en el trato que recibía. Algunas se apartaron de ella. Con otras, la relación se hizo más estrecha. También entre las apolíticas hubo este comportamiento contradictorio. Se le indicó que debía mostrar su acta de matrimonio, si no sería expulsada. Escribió a Prestes que el proceso de extradición estaba en marcha, si sabía de algún abogado. Añadió que había adelgazado varios kilos, puesto que apenas podía comer. Además de la permanente preocupación por él, ahora la preocupación por el niño. Sentía una irresistible necesidad de ver a Prestes y de hablar con él, pero no se lo permitían. Prestes contestó que tenía que evitarse a toda costa que volviera a ocurrir con ella como con Genny Glezier. Le recomendó el abogado Heitor Ferreira Lima. Este argumentó que Olga Prestes había engendrado un niño con su marido brasileño. Según la constitución, tenía derecho a traer el niño al mundo en Brasil. Se le dio a entender que el país estaba amenazado

por conspiradores internacionales, la lucha contra ellos implicaba inevitables limitaciones de los derechos constitucionales. Ferreira Lima presentó una solicitud de *habeas corpus*. Fue rechazada.

Mientras tanto, en Melilla, al nordeste de Marruecos, soldados de la Legión Extranjera asaltaron la guarnición local, tropas moras ocuparon Tetuán y Larache en la costa atlántica marroquí, y en los barrios obreros de las ciudades marroquíes comenzó la persecución de personas. Dos días más tarde, el general español Franco se colocó al frente de los golpistas y extendió el alzamiento al otro lado del estrecho de Gibraltar, por la metrópoli española. Pocos días después, el Führer de los alemanes inauguraba en Berlín los Juegos Olímpicos. Los atletas alemanes, entre ellos también uno de los llamados medio judío y una de las llamadas medio judía, consiguieron treinta y tres medallas de oro, veintiséis de plata y treinta de bronce, y Jesse Owens, de Estados Unidos, uno de los llamados «de color», que ganó él solo cuatro medallas de oro, se convirtió en el preferido del público. Los Juegos Olímpicos estaban llegando a su fin, y el arquitecto Le Corbusier llegaba por segunda vez a Río de Janeiro, ahora a bordo del dirigible *Graf Zeppelin*, tras cuatro días de travesía sobre el Atlántico. Su visita se debía a una invitación de su colega brasileño Lucio Costa con quien trabajaba el ilustre visitante en el proyecto del nuevo Ministerio de Educación, la primera gran obra de la modernidad brasileña. Entre los jóvenes arquitectos que trabajaban para Costa estaba también Oscar Niemeyer. Olga Benario, que se enteró de ello por los periódicos en la sección de mujeres de la prisión preventiva, vivió horas de moral muy alta. Pasaron tres, cuatro semanas y, en Moscú, el Comisariado Popular para la Justicia abrió un proceso público contra el llamado centro terrorista trotskista-zinovievista. Los nombres de los acusados se suceden: Zinoviev, Kamenev, Evdokimov, Smirnov, Bakaiev, Tervaganjan, Mratsckovski, Dreizer, Goltzman, Reingold, Pikel, Olberg, Kruglanski, Berman-Jurin, Moises y Nathan Lurie. El tribunal sentenció a muerte por fusilamiento a los acusados de preparación y participación en asesinatos y delitos, y ordenó la confiscación de sus propiedades personales. El proceso público no había terminado todavía cuando el gran escritor Stefan Zweig, huyendo del antisemitismo en su patria austriaca, llegaba a Río de Janeiro en el barco de pasajeros británico *Alcántara* y ocupaba una suite en el

recién terminado Hotel Copacabana Palace. Fue recibido con grandes honores por Getúlio Vargas y sus hijas, y expresó su gratitud y su emoción ante dos mil presentes. Olga Benario leyó ese discurso en su celda de la calle Frei Caneca. ¿Es que no se había preguntado cuántos integralistas había en la sala, cuántos fascistas y antisemitas? Este apóstol de la paz austriaco, venido a menos, huye de Hitler y abraza a Vargas. Tres días después, Vargas firmó el decreto por el que Olga Benario era expulsada de Brasil. El ignorante gran escritor se marchó y escribió un elogioso libro sobre Brasil. Cuatro años después regresaría a Río, viviría con su mujer en la cercana ciudad de Petrópolis donde, poco después, desesperados ante la marcha del mundo, ambos se suicidarían.

Por primera vez desde su llegada, un año y medio antes, a la costa de Brasil en un hidroavión de Air France, sintió aire fresco. *La Coruña* había pasado Madeira y se acercaba a Europa. Ella y Sabo estaban sentadas en el pasillo y tejían ropa de niños. La mujer del capitán les había enviado las agujas de tejer. Ambas eran torpes en esas actividades, una y otra vez tenían que volver a enhebrar los puntos salidos, deshacer las vueltas ya terminadas. Supongo que eran culpables, dijo Sabo, aunque a nosotras nos parezca increíble. Que antes fueran íntimos compañeros de lucha de Lenin, solo demuestra cuánto se han pervertido desde entonces. Se han aliado con Trotski, dijo Olga Benario, antes eran nuestros modelos, pero han dejado de ser comunistas. En un tiempo, enseñaron a los pobres, a los explotados por el zarismo, el camino hacia un futuro de dignidad personal, dijo Sabo, ahora ni siquiera se han defendido ante el tribunal, y ninguna voz se ha alzado a su favor. Para mí, eso demuestra su culpabilidad. Han luchado con gran valentía contra los enemigos del proletariado, dijo Olga Benario, pero ahora luchan contra la Unión Soviética. Sabo dijo que no era solo Stalin quien había pronunciado la sentencia, sino todo el pueblo soviético, que, por otro lado, tanto tenía que agradecer a los acusados. Las camaradas y los camaradas se preparan para una lucha a vida o muerte contra el fascismo. A ello se debe que eliminen de sus propias filas a los traidores. Tenemos que acabar con las dudas entre nosotros, dijo Olga Benario. Si nosotros no estamos unidos, no tenemos ninguna posibilidad contra el fascismo. El «nosotros» se le había escapado. ¿Volvería a participar

ella en esa lucha? ¿Y el niño? No quería pensar en ello, en nada que estuviera más allá de cada momento.

A mediados de septiembre, los abogados presentaron otra petición de *habeas corpus*. Indicaron que la detenida en prisión preventiva estaba embarazada de muchos meses y que un viaje largo en barco podía resultarle perjudicial. El Tribunal Superior de Justicia no atendió la petición. Ocho días después, fue recogida en la sala de las mujeres y llevada a los muelles del puerto.

El último día del viaje, un día soleado, *La Coruña* entraba en el canal de la Mancha. Los rayos del sol poniente iluminaban todavía la cercana costa de Inglaterra cuando Sabo comenzó a hablar. Al principio me dejaron sola. Mi celda se encontraba en un ala algo apartada de la prisión. Entre montones de tejas y sacos de cemento me preparé un cobijo con los embalajes. No venía nadie, no hablaba con nadie. Una vez al día me traían una comida intragable. Al cabo de una semana, hacia las tres de la madrugada, me sacaron de la celda y me llevaron a la sala de interrogatorios. Arthur estaba allí, de pie, desnudo, sangraba por la nariz y los oídos. Tenía las puntas de sus dedos ensangrentadas. Su cuerpo estaba cubierto de hematomas. El pene estaba amoratado y también las posaderas. Me obligaron a mirar. Le golpeaban en la cara. Luego golpeaban su cuerpo, primero con los puños, luego con porras. Le daban patadas en el vientre y en los testículos. Él aullaba de dolor. Al cabo de un rato se desmayó. Ellos se quedaron allí, fumando, hablando entre sí a media voz. Unos salían, otros entraban. Cuando volvió en sí, le golpearon de nuevo. Le aplastaban los testículos hasta que chillaba. Apagaban cigarros encendidos en su piel. Uno me enseñó los cigarros, eran los Senadores de Arthur. También vinieron a buscarme a la siguiente madrugada, a las tres. Arthur estaba desnudo y le golpeaban en la cabeza y en el cuerpo. Le azotaban con porras de hierro en el trasero, que estaba de color azul oscuro y supuraba. Uno le introdujo la porra en el ano. Entonces se desmayó. Cuando volvió en sí, le colocaron un cable eléctrico en el pene y le aplicaron descargas eléctricas. Volvió a desmayarse. Después de esto, salieron. Yo tuve que permanecer allí, de pie, con las piernas separadas, no podía moverme. No sé cuánto tiempo tuve que estar así. Mis muslos empezaron a enrojecer, estaba tiritando. Me caí. Regresaron, me dieron patadas en el vientre y me mandaron levantar. Golpearon a

Arthur con los puños en las orejas y le dieron patadas en el trasero. Algunos se reían. A veces maldecían. A veces actuaban sin decir una palabra. Al cabo de un rato, volvió a desmayarse, y le siguieron golpeando cuando yacía inmóvil en el suelo. De nuevo volvieron a por mí a las tres de la madrugada. Arthur estaba allí de pie, desnudo. Con su cara deformada y las cejas azules y ensangrentadas. Su oreja izquierda estaba hinchada como la de un boxeador, del conducto auditivo le asomaba una pústula. Tuve que desnudarme. Me rodearon, se rieron, me manosearon y me pellizcaron los pechos. Arthur cerró los ojos. Entonces le golpearon y le dieron patadas hasta que se derrumbó. Entre estertores, quedó tirado en el suelo de piedra. Sangraba por los ojos. Lo pusieron de pie y lo apoyaron contra la pared. Uno trajo una máquina de escribir y se la colgaron del cuello con una cuerda. Al cabo de un rato volvió a derrumbarse. Entonces vaciaron sobre él los cubos en los que había vomitado y orinado. Lo pusieron derecho, tapándose la nariz. Lo apoyaron de nuevo contra la pared, con la máquina de escribir colgada del cuello. Y se colocaron a su lado para hacerse fotos con él. Hasta hoy, sigo sin entenderlo. Al cabo de un rato le descolgaron de nuevo la máquina de escribir y le golpearon hasta que perdió el conocimiento. Venían a por mí cada noche, a las tres. Una vez, tras las vejaciones, me arrastraron adonde él estaba alojado. Era un cuarto de la limpieza, sin luz, en el que no podía estar de pie ni tumbarse estirado. Por el hedor que había allí, cerraron la puerta enseguida. El cuarto se encontraba bajo la escalera por la que, día y noche, subían y bajaban los «cabezas de tomate», golpeando con sus botas de clavos. Siempre venían a por mí a las tres de la madrugada y me obligaban a mirar. Apagaban cigarros y cigarrillos en sus manos y en sus pies. El olor de los cigarros me recordaba nuestras conversaciones vespertinas en la terraza de la calle Paul Redfern, con vistas al mar, mientras a nuestra espalda se hundía el sol tras las montañas. Entonces le introdujeron un alambre al rojo vivo en el pene. Él aulló de dolor y se desmayó. Como sabes, era un hombre alto y grueso. Pero su cuerpo se había encogido, estaba en los huesos. Como él no decía nada, empezaron conmigo. Me desnudaban, abofeteaban y pateaban en el vientre. A mí me golpeaban con porras. Pero él tenía que mirar. Entonces perdí el conocimiento. Cuando me volvieron a despertar, me dieron patadas en los genitales. Apagaban los

cigarros de Arthur en mis pechos y en mis pezones. Me quemaron los pezones. Me desperté de nuevo en mi celda. De nuevo fueron a por mí a las tres de la madrugada y me desnudaron. También Arthur estaba allí desnudo y se balanceaba un poco a un lado y a otro. Me golpearon y me dieron patadas en las posaderas. Él miraba. Por algún lugar se oía el canto de unos pájaros. Entonces me pregunté qué clase de pájaros podían ser. Tenía metida en la cabeza la canción *Alle Vögel sind schon da* [Ya están ahí todos los pájaros]. Siempre vinieron a por mí a las tres de la madrugada. Nunca vinieron a por mí por la mañana o después del mediodía o por la tarde. Me colocaron cables eléctricos en las puntas de los dedos y me aplicaron descargas. Y me desmayé. Cuando me despertaron otra vez, uno metió un cigarro ardiendo en mi vagina. Arthur gimió y cerró los ojos. Le golpearon con ambas manos en las orejas. Empezó a gritar. Ellos querían saber dónde estaba Prestes, pero nosotros no lo sabíamos. Cuando le preguntaron por primera vez en mi presencia quiénes eran nuestros jefes, él contestó que estábamos aquí como amigos del pueblo brasileño. Pero ellos dijeron que éramos agentes de la Komintern y debíamos decir el nombre de los demás agentes. Él contestó que éramos comunistas alemanes y habíamos venido solos. No volvió a decir nada más, yo tampoco volví a decir nada más. Lo habíamos acordado de antemano, y él lo dijo para que yo supiera que no le habían sacado nada más. Mientras nos torturaban, decían, mirad cómo os ayuda vuestro Stalin. ¿Qué le importáis ahora? Deja que reventéis. Nadie sabrá que aquí habéis jugado a los héroes. Tenían razón. Pero no podía imaginarme que pudiéramos traicionar nuestros ideales. No habíamos luchado toda nuestra vida por la fama. Teníamos el sueño de esos ideales, queríamos verlos hechos realidad a cualquier precio. También contábamos con que, si caíamos en manos de los enemigos, seríamos olvidados. Estábamos de acuerdo con ello. A veces, cuando estaba en mi celda, no me dejaban ir al retrete. La presión en la vejiga era inaguantable, como también la presión en los intestinos. Yo gritaba, pero no venía nadie. Entonces orinaba y vaciaba los intestinos en el suelo de la celda. Me sentía tan humillada, que me ponía a llorar, aunque me había propuesto no llorar. Gritar, pero no llorar. Y ellos entraban en la celda y me daban patadas en el trasero hasta que la sangre me corría por los muslos. Luego tenía que limpiar sus botas ensangrentadas. Alguien

trajo de otra celda un balde medio lleno de orina y excrementos. Metieron mi cabeza en él. Tuve la seguridad de que iba a morir ahogada, lo deseaba. Se habían propuesto destruir en mí lo que, según ellos, me hacía mujer. No era solo mi cuerpo. Para ellos había algo más, una idea de feminidad que tenía que ver con respeto, galantería y limpieza. Habían puesto su objetivo en ello. Me convertí en una basura sin sexo y, al cabo de un tiempo, llegó a parecerme bien. Ya no quería seguir siendo una mujer. Pero para destruirme como mujer tenían que torturarme como una mujer, y por eso me recordaban siempre que era una mujer. Y entonces acepté de nuevo mi condición. No podían vencerme ni como mujer ni como comunista. Durante varias semanas, vinieron a por mí cada noche, a las tres. A veces, sin embargo, no venían. A pesar de ello, yo me despertaba a las tres y gritaba, y aunque no vinieran estaba tan preparada como si hubieran venido, y no podía volver a dormirme hasta el amanecer. Tenía alucinaciones, estaba metida en un agua limpia, un agua tibia, la celda estaba llena de agua, y yo me lavaba, un baño de espuma, una espuma blanca y perfumada que cada vez subía más y me iba cubriendo. Siempre venían a las tres de la madrugada. Me llevaban a rastras, por los pelos, a la sala de interrogatorios. Uno me introdujo el palo de una escoba. Tuve que quedarme de pie, con la escoba entre las piernas. Pero ellos se reían y se llevaban las manos a los pantalones, diciendo ocurrencias chistosas. Obligaban a Arthur a mirar. Yo intentaba comprender los chistes, pero mi portugués era insuficiente. A veces les aborrecía de tal modo, que no sentía más que odio. Luego, todo fue más fácil. Pero quizá eso no sea verdad. Probablemente grité. ¿O fue Arthur quien gritó? Ya no lo sé. Estoy empezando a olvidarlo. Apagaban cigarrillos en mis manos y en mis pies. Mientras tanto, uno recitaba en voz alta *Pai Nosso que estais nos céus, santificado seja o vosso nome*, luego se sumaban otros al tiempo que me hacían agujeros al rojo vivo en mis manos y pies, *venha a nós o vosso reino, seja feita a vossa vontade, assim na terra como nos céus*. Yo gritaba pero no decía nada, y Arthur miraba y no decía nada. Yo pensaba, si no digo nada, moriré antes. Pero ellos ya no me preguntaban nada, se habían bajado los pantalones de sus uniformes. Seguramente me violaron después. Digo «seguramente» pues no me acuerdo de ello, aunque debió ser así. Yo miraba todo el rato la cara de Arthur. Violaron,

recalcaba Sabo con asombro, el cuerpo de una mujer vieja, un cuerpo destrozado, con heridas abiertas y purulentas, que no se había lavado en semanas y estaba cubierta de orines y excrementos. También me violaron la noche siguiente y las siguientes. Y obligaron a Arthur a mirar. Él no dijo nada, no emitió ni un sonido. Pero perdió la razón. Cuando se dieron cuenta, acabaron con la tortura. Un médico, que tenía que cuidar de que siguiéramos con vida, me dijo que no entendía cómo Arthur había podido soportar eso, estaba desconcertado ante tanta brutalidad. Yo misma, dijo Sabo, habría soportado todo. Lo que le hacían a él. Lo que me hacían a mí. Pero no pude soportar la cara de Arthur mientras me torturaban.

En el crepúsculo de la tarde, *La Coruña* navegaba en dirección norte ante la costa belga. Sabo y Olga Benario miraban por el ojo de buey la línea de la costa donde se encendían las primeras luces. Sabo había apoyado el brazo en la cadera de la amiga. No quería que lloraras, dijo. Mi tristeza en este caso no es suficiente, dijo Olga Benario, resulta ridículo. Yo siento un odio tal, que no sé cómo quitármelo de encima. Me gustaría hacer algo de ejercicio, pero me han quitado la posibilidad de hacerlo. ¿Me imaginas, dijo enjugándose las lágrimas, corriendo con esta barriga por la playa de Ipanema? Ven, dijo Sabo, vamos a dar vueltas por el pasillo, el ejercicio también es bueno para el pequeño diablo.

Al cabo de media hora se sentaron. ¿Por qué no me lo has contado antes?, preguntó Olga Benario, ¿cómo es que me lo cuentas ahora? Quería dar testimonio, dijo Sabo. Olga Benario la miró sin comprender, ¿no estarás pensando que vamos a salir bien libradas otra vez? Yo no, dijo Sabo. Yo tampoco. Puede ser, Sabo asintió. ¿Por qué me lo has contado, entonces? Pasaron unos minutos hasta que Sabo contestó. Cuando todavía estaba en la prisión de la policía especial, dijo, antes de que me empezaran a tratar bien y me llevaran con vosotras a la sala de las mujeres, pude hablar con los y las compañeras de celda. Uno de ellos era un joven escritor, Mauricio. Le habían sometido a malos tratos, me los describió tranquilamente y con todos los detalles. Él sabía que también me habían torturado y decía que tenía que contarle todo. Le dije lo mismo que me acabas de decir, que no tenía ningún sentido ya que no íbamos a salir con vida. Entonces él me contó una historia. En una ocasión, antes

de su detención, había visitado el hospital psiquiátrico público. La situación allí era muy mala, los internos vivían en condiciones infrahumanas, sin medicinas, expuestos a la brutalidad de los cuidadores. Mauricio tuvo que esperar en un largo pasillo, sentado en un banco, y entonces vio que se le acercaba uno de los locos. Daba unos pasos hacia Mauricio, mirando con recelo a su alrededor, luego retrocedía, volvía a dar un par de pasos hacia él. Balanceaba el torso sin sentido, de un lado a otro. Finalmente se plantó delante de Mauricio y le dio sin más un papel doblado, mientras balbuceaba: carta para mi hermano, carta para mi hermano. Luego se retiró rápidamente y con violentos balanceos. Mauricio escondió el papel y no lo volvió a sacar hasta varios días después de la visita a la institución psiquiátrica. El papel estaba en blanco. ¿Y entonces?, preguntó Olga Benario. Eso es todo, contestó Sabo. ¿Qué significa eso? Sabo dijo que, poco después de que Mauricio terminara su historia, habían aparecido los «cabezas de tomate» y se habían llevado a varios detenidos, a él entre ellos. No lo devolvieron, así que no pudo preguntarle otra vez. Desde entonces he pensado muchas veces en esa historia. Quizá no tiene sentido, como los movimientos de los locos. O la hoja de papel en blanco se refiere a algo que falta, a palabras que no hay, a un tormento para el que no hay lenguaje. Quizá no se trate más que del gesto de entrega, de hermano a hermano, de una hoja de papel. O la historia es una imagen del proceso de la escritura o de la lectura. La hoja de papel en blanco, abierta a toda interpretación, eso es lo que interesaba naturalmente a un escritor como Mauricio. Se quedó en silencio. Yo misma, dijo finalmente, creo que la historia tiene todos estos significados. Quizá Mauricio se la había contado ya a muchos y había guardado sus interpretaciones, quizá quería preguntarme también a mí. No habría sabido dar una respuesta. Hasta ahora, cuando el viaje está a punto de terminar, no he entendido que en esto no se trata de aportar nuevas interpretaciones a esta historia. Que la historia encierra una misión. A saber, dar testimonio, en cualquier circunstancia, de lo que nos ha ocurrido. Necesitamos que se recuerden nuestras luchas. ¿Quién, sino nosotros, puede transmitir nuestras experiencias y a quién se las podemos transmitir si no es a quienes son como nosotros? Quiero seguir siendo una testigo, aunque no haya quien pida mi testimonio. Se calló, se le cerraron los ojos, inclinó la cabeza

hacia delante. Olga Benario pensaba que Sabo se había dormido, cuando esta, sin abrir los ojos, dijo, Mauricio me contó su historia aunque creíamos que no íbamos a sobrevivir, y yo te cuento la mía. He cumplido mi misión.

La Coruña había llegado al mar del Norte. A estribor, las islas Frisonas Orientales iban quedando atrás. El barco enfiló el Elba y entró en el puerto de Hamburgo. Pasó bastante tiempo antes de que se terminaran las maniobras de atraque y se apagara el ruido de los motores del barco. Colocaron la escalerilla. Todavía transcurrió mucho tiempo hasta que bajaron del barco a Olga Benario y Sabo. Funcionarios de la Gestapo las estaban esperando.

ANEXO

Anexo al I. n.º. 1/ Comando Naval. Ila 13458/44 s

Copia de resumen. S E C R E T O

*Alto Mando Wehrmacht/ Ofic. Serv. Secr. I. n.º 21106/44 s IM WN
de 5 de abril, 1944. Anexo para la rama Hamburgo I. n.º 495/44 I M
Doc. s. Comando. de 25 de marzo de 1944*

245

Informe del oficial de guardia Dietrich Balke sobre el autohundimiento del vapor *La Coruña* de la HSDG, 7414 BRT., capitán Rogge, el 13 de abril de 1940 al sur de la costa de Islandia.

El 16 de junio de 1939, yo, Dietrich B., un repatriado desde Argentina que se había enrolado en la Naviera August Bolten de Hamburgo como oficial de barco, abandoné el norte de Brasil en el vapor *Bollwerk*. Por decisión del capitán H. Tiedemann, el 29 de octubre hicimos escala en el puerto brasil. de Bahía, donde quedó atracado el *Bollwerk*. Como yo había solicitado una oportunidad para ir a Alemania, fui destinado como oficial de guardia al vapor *La Coruña*. El barco abandonó el puerto de Río el 3 de febrero de 1940 hacia las 20.00. La carga estaba colocada de tal forma que, en caso de un event. hundimiento, el agua pudiera extenderse lo más rápido posible por las bodegas. Puesto que habíamos recibido de la Embajada alemana la orden de no dejar que, bajo ninguna circunstancia, el barco cayera en manos del enemigo, el mando del barco tomó todas

las medidas oportunas para hundir rápidamente el barco en caso de peligro de apresamiento. El 13 de marzo de 1940, sobre las 08.00 de la mañana, nos avistó, cerca del ángulo sudeste de Islandia, el crucero ingl. de apoyo *Maloja*, 20914 BRT. *La Coruña* estaba camuflado como japonés y llevaba el nombre de *Taki Maru*. Había mal tiempo, con una fuerza de viento de 10-11. Tras la breve señal «de dónde a dónde» y «qué cargamento», recibimos la orden de poner rumbo 142 y navegar a toda máquina. Todos teníamos claro que nos iban a llevar a un puerto inglés. Preparamos enseguida el hundimiento del barco. En la sala de máquinas se recibió la orden de llenar los pañosoles de hundimiento, se abrieron las escotillas, se roció la carga con gasolina y se dio la señal de alarma. A causa del mal tiempo, el crucero se mantenía a la expectativa. Hacia el mediodía del 13 de marzo de 1940, el viento amainó. A las 13.00 llegó la orden de parar las máquinas, con el aviso de que el crucero enviaba un oficial inglés para examinar a bordo nuestros documentos. Esa fue para nosotros la señal para el hundimiento, que se llevó a cabo sin contratiempos. A pesar de la fuerte marejada, bajamos al agua los dos botes de salvamento. Durante la maniobra se produjo el primer cañonazo desde el crucero. Un bote de presa, que permanecía a unos 200 metros a babor, no se acercó a nuestro barco, porque estaba claro que allí no había ya nada que salvar. *La Coruña* estaba inclinado ligeramente hacia babor y ardía por todas las escotillas. Con mar gruesa, los botes de salvamento llegaron al costado de sotavento del crucero de apoyo. La tripulación fue acogida en él; todos los hombres se salvaron. Soltaron las amarras de nuestros botes de salvamento como medida de seguridad frente a los submarinos. A una distancia de unos 1000 metros, el crucero disparó 57 cañonazos contra *La Coruña*, de forma que nuestro barco se hundió hacia las 17.00, a la altura de Kiel (Pos. 62° 35' N y 14° 30' O). El crucero inglés estaba equipado con ocho cañones de 15 centímetros y diversos cañones antiaéreos. El trato a bordo fue correcto.